

VIVIR Y MORIR EN LAS ARMADAS DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA EN LOS SIGLOS XVI y XVII

A lo largo de los siglos modernos, la Monarquía Hispánica, como potencia hegemónica, tuvo que hacer un extraordinario esfuerzo para proteger y mantener sus posesiones y no siempre con los resultados deseados. El carácter esencialmente marítimo de los territorios que la integraban y la necesidad de dominar el mar para para sostenerlos, forzó a sus gobernantes a una política de guerra naval ofensiva y defensiva, adecuada a las variadas circunstancias que se fueron presentando en la relación de amistad o enfrentamiento con el resto de las potencias europeas. En efecto, la preponderancia alcanzada y el despliegue mundial logrado por la Monarquía Hispánica por entonces, hicieron necesario ejércitos y armadas que defendieran sus posesiones e intereses, cada vez más comprometidos por el notable aumento de la actividad militar y naval por parte de sus enemigos. En consecuencia, fue lógico el creciente número de hombres que se hacían soldados para luchar en tierra o en el mar.

Tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo, el Pacífico o en el mar de las Indias, los tercios españoles embarcaron para luchar contra el enemigo, al igual que también lo hicieron las unidades de infantería extranjeras tomadas a sueldo (italianas, alemanas, suizas y valonas), combatiendo en todos los escenarios donde eran precisos. Tal circunstancia exigió la presencia de un importante número de barcos de guerra acondicionados, al objeto de armar ese personal militar con capacidad para abatir al contrario en un enfrentamiento naval; exigencia que, a su vez, condicionó la diversidad de medidas y pluralidad de estructuras que se establecieron. De esta manera, en función del objetivo, la misión a realizar y el teatro de operaciones en el que se desenvolverían, las naves debían ser de determinada condición y peculiaridad, pues no era lo mismo cruzar el Atlántico que circunnavegar África, surcar el tormentoso Mar del Norte o el versátil y voluble Mediterráneo.

Respecto al personal embarcado en las armadas y sus vicisitudes en la mar, en la variada tipología humana a bordo es preciso distinguir los hombres de mando (capitán, maestre, piloto...), la gente de cabo (que se dividía en *gente de guerra*, es decir, soldados y aventureros y la *gente de mar*, entre los que se encontraban los marineros y artilleros); y la gente de remo, conocida también por el nombre de “chusma”, un conglomerado de individuos, religiones, razas y diferentes sentimientos, encargados de bogar si la propulsión era a remo o, en caso contrario, de la maniobra del velamen. Estaba integrada por los voluntarios, llamados también “buenas boyas”, que negociaban su servicio y sueldo dentro de las condiciones de su estancia en el barco; y los forzosos entre los cuales se incluían los *forzados o condenados por sentencia judicial*, que eran los llamados galeotes, es decir, ladrones, blasfemos, desertores, vagabundos, malhechores; y los esclavos, originariamente cautivos que procedían de presas y cabalgadas hechas contra turco y berberiscos. Ni qué decir tiene que tal variopinta mezcolanza humana con desigual experiencia a bordo, destreza en el uso de las armas o escasa y nula instrucción hacía la convivencia sumamente difícil.

Una vez anunciada la empresa naval que habría de hacer frente a los enemigos de la Monarquía Hispánica se procedía al embarque, algo que se hacía en orden, pero también con lentitud, habida cuenta de que en numerosas ocasiones la salida de la Armada se retrasaba, lo que hacía que las vituallas acumuladas y previstas en las cantidades para el tiempo de permanencia en el mar, se consumían con antelación por parte de los embarcados. Sin embargo, la existencia a bordo no resultaba nada fácil y, si era compleja la vida militar en tierra, en la mar existían graves inconvenientes que no todos eran capaces de superar con holgura. Al alojamiento y a las estrechas condiciones materiales de espacio se unía la falta de higiene, la escasa alimentación -pobre en su aporte vitamínico-, la larga espera en el mar, tediosa, difícil

en la relación entre soldados y marineros, el temor al naufragio o la lenta muerte cuando las exiguas condiciones sanitarias apenas aportaban remedios eficaces.

En efecto, el hacinamiento era lo habitual, el hedor de los fletados durante semanas y meses, lavados en el mejor de los casos con agua putrefacta, resultaba insoportable; además viajaban todo tipo de “inquilinos”: pulgas, piojos, chinches, cucarachas, ratas y otros roedores deambulaban por doquier en las embarcaciones, a lo que se unía la particular circunstancia de los galeotes, amontonados y encadenados a su banco. Por otro lado, si analizamos las raciones en el barco, es obvio que no suponía el atractivo para la vida a bordo, si bien era mucho en comparación con la vida de miseria y malnutrición de la que provenían. La falta de alimentos frescos se suplía con el elevado consumo de pan y *vizcocho*, hecho con harina de trigo más o menos entera, al que se añadía levadura antes de inflarlo para introducirlo en el horno, asado después de nuevo a temperatura moderada para que se secase y durara más que el pan corriente.

Junto a estos ingredientes, el vino, el agua y la cerveza -especie de fango verdoso porque se decía que “se mareaba” en el mar,- y el resto de la dieta como arroz, habas, garbanzos, tocino, pescado, queso y otras legumbres. Los forzados recibían una ración menor que los buenas boyas, aunque en la cena ingerían la llamada “mazamorra”, una especie de sopa preparada con el *vizcocho* más estropeado y de menor contribución calórica, si cabe.

Y luego estaban los largos días en el mar, con mucho tiempo libre antes de entrar en combate. La convivencia entre los embarcados era compleja y había que consumir el tiempo, evitar el aburrimiento, jugando a los naipes, al ajedrez, “a las carreras de animales”, a los dados, a la taba... o a los juegos de azar, teóricamente prohibidos. También pescaban, nadaban, representaban obras de teatro, participaban en ceremonias religiosas, leían libros piosos, de antiguos clásicos y novelas de caballería, quienes sabían hacerlo. E, igualmente, recibían instrucción para las funciones que debían desempeñar en combate, el adiestramiento, la disciplina y el orden que debían guardar.

Con independencia de la mala relación entre marineros y soldados que habían de subsistir en espacios pequeños, durante mucho tiempo a bordo, con largos meses sin entrar en combate, con una existencia tediosa y aburrida que se combinaba con un elemento habitual en los barcos, las enfermedades, los males que padecieron los embarcados fueron más letales y mataron más lentamente que el disparo certero de un cañonazo, de una lanza o de un arcabuz. Por ejemplo, el mareo que, sin ser contagioso, constituía un padecimiento corriente, fiebres, disentería, peste, acompañados de malnutrición, infección de heridas y falta de remedios sanitarios adecuados completaron un panorama sombrío de cara a unas mejoras higiénicas y médicas que aún tardarían en llegar. Y los remedios aplicados fueron deficitarios, ya que las lesiones por cañonazo, la amputación y cauterización de heridas con metal caliente o aceite hirviendo no siempre resultaban efectivas, sin anestesia u otro medio para paliar el dolor, aplicándose apósitos con grasa animal para cerrar las heridas o macerando vino y aguardiente, menos doloroso, pero con mayor riesgo de supuración y gangrena.

Por otra parte, en las lesiones abiertas por espadas o picas se recurría al cosido sin técnica de especialización; y las producidas por proyectiles resultaban las peores, las más difíciles de sanar, al provocar hemorragia interna, astillar los huesos y, en consecuencia, producir infecciones, la mayoría de ellas letales, sin ser siempre eficiente el remedio de aplicar ungüentos de minio (óxido de plomo en polvo). No obstante, los médicos contaban con el auxilio de los boticarios, que proporcionaban afeites, si bien la eficacia de los medicamentos, al

no existir estadísticas capaces de respaldar cualquier información que podamos dar en un sentido o en otro, está todavía por evaluar.

Y, por fin, la batalla. Hay que imaginar el ensordecedor ruido, el desconcierto, la alarma, la sangre, la confusión...Cuando comenzaban los disparos, las densas nubes de humo oscurecían el escenario del enfrentamiento, restringían la visibilidad de los combatientes y hacían relativo el alcance de cualquier arma. Los cañonazos del barco enemigo, los primeros momentos de confusión, el desbarajuste y la desorganización generalizada se abrían paso. Durante las ofensivas navales había un alto porcentaje de muertos, heridos y enfermos y, si era elevado el número de fallecidos directamente el día del combate, no era menor el número de los que caían a medida que transcurrían minutos, horas, días o semanas sin la prestación médica adecuada, siempre dependiendo de la duración de las campañas y el tiempo embarcados en el momento del combate.

Las consecuencias de la batalla en los barcos fueron diversas. La muerte por impacto en órganos vitales o contusiones graves, a veces las lesiones -aunque de menor consideración-, podían acabar con la vida de los convalecientes por las frecuentes infecciones y la propia ignorancia médica para combatirla con los recursos quirúrgicos de los que se disponía entonces. Quizá era mejor morir, porque, cierto es que era una solución final, pero rápida y resultaba mejor que vivir el resto de los días tullido, con la ausencia de un miembro vital para la vida normalizada...

Al finalizar la empresa naval, cuando barcos y hombres regresaban a sus puertos de salida, algunos soldados y marineros volvían a embarcar; otros, sin embargo, daban por concluida su carrera militar, se licenciaban y quedaban exentos de sus obligaciones castrenses, abandonando el Ejército o la Armada. Un elevado número lo hacía por edad o por enfermedad, pero una gran mayoría se encontraba sin fortuna y ocupación alguna. Si bien algunos regresaban a lo que conocían, porque añoraban el único modo de vida que habían vivido, otros, simplemente, regresaban a sus lugares de origen, a sus hogares, al calor y protección de sus familias, en la esperanza de recibir por sus servicios alguna merced o hacienda. Ciertamente es que algunos trataron de encontrar acomodo en determinados lugares o recluírse en instituciones religiosas, buscando refugio y consuelo en la vida espiritual, profesando en alguna orden para acabar su vida en paz, próxima a Dios, pues no en vano la Monarquía Hispánica y sus habitantes se declararon mayoritariamente católicos y una de las razones de su lucha fue el mantenimiento de la catolicidad en sus fronteras.

Magdalena de Pazzis Pi Corrales. Universidad Complutense de Madrid e Instituto de Historia y Cultura Naval. R5 Todo noticias.